

**SESIÓN NECROLÓGICA EN MEMORIA DE
DON LUIS MESSÍA DE LA CERDA Y PITA (†)**

El 15 de febrero de 1992 falleció en Madrid el Académico de Número don Luis Messía de la Cerda y Pita, Ingeniero Industrial, Profesor principal de Heráldica en el Servicio Histórico Militar, por cuyos trabajos en pro de nuestras disciplinas estaba condecorado con la Cruz de primera clase del Mérito Militar.

Con este luctuoso motivo, la Real Academia celebró una sesión necrológica en la que intervinieron los Académicos Numerarios don Ricardo Serrador y Añino y don Eduardo Pardo de Guevara y Valdés, cuyos elogios fúnebres se publican a continuación.



Don Luis Messía de la Cerda y Pita

Intervención de

Don Ricardo Serrador y Añino

Académico de Número

Señores Académicos:

Me corresponde el triste privilegio de exponer una breve semblanza humana de nuestro querido amigo Luis Messía de la Cerda (q.e.p.d.), en relación con el ámbito en que estos últimos años estuvo vinculado a la enseñanza en general y con el Servicio Histórico Militar en particular.

Los títulos que me han llevado a ser designado para esta misión se cifran principalmente, y como es bien notorio, en la gran amistad que nos unía, y no menos en el casual paralelismo con que en muchos momentos se desarrollaron nuestras vidas desde que nos conocimos a primeros de la década de los ochenta.

Messía, en el que se repetía una vez más la paradoja del profesional de Ciencias (era Ingeniero Industrial) que cultiva por afición las ciencias humanísticas como la Historia, había revalidado oficialmente los amplios conocimientos de Heráldica que, como autodidacta ya poseía, al finalizar el año 1983 con la XXII promoción de la escuela de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el Instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que llevaba el nombre de Salazar y Castro.

Creo que fue en la sede de la Asociación de Diplomados en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria donde por primera vez coincidimos. Él, al recibir el Diploma aquel curso, se apresuraba a inscribirse en la Asociación, mientras que yo me presentaba por primera vez personalmente, aunque pertenecía a ella desde

el año 1974, porque destinos profesionales me habían mantenido lejos de Madrid.

Simpatizamos desde el primer momento, seguramente porque a través de nuestras conversaciones comprobamos coincidencias en cuanto a sentimientos ideológicos, patrióticos, etc. Él alardeaba orgulloso, tanto de sus servicios prestados en el ejército -pertenecía a la primera promoción de alféreces de la IPS- como de los antecesores marinos que le unían a la línea troncal de su linaje. Lo único que nos separaba, con notable desventaja para mí, era la edad.

Curiosamente acaecía en esa fecha uno de aquellos momentos en que la curva de nuestras vidas marcaba simultáneamente una inflexión a la baja en ambos: por lo que respecta a mi trunca carrera, pasaba del servicio activo -tras mandar un regimiento y desempeñar durante varios años el destino de segundo jefe de Estado Mayor de la Capitanía General de Cataluña- al más burocrático, aunque no menos digno y acorde con mis aficiones, en el Servicio Histórico Militar. Messía, por su parte, me contaba cómo le abrumaban los problemas que le provocaba la negligencia del gobierno de Argel, no cortando el típico latrocinio de la chusma indígena que le desmantelaba una y otra vez las construcciones que, merced a un contrato ganado en un reñido concurso, levantaba en la zona de Sidi ben Abas, poniendo a su empresa al borde de la más espantosa ruina, hasta el punto de decidir abandonar material, maquinaria, etc. y repatriar a los obreros.

Desde entonces, nuestros contactos se prodigaron. Recuerdo cómo me contaba entusiasmado su importante aportación, en los años cincuenta, al monumental Armorial de los linajes de Galicia del Padre Crespo.

Nunca falté a las conferencias que, desde diferentes ámbitos, le solicitaban, tanto por parte de la Asociación de Diplomados, a la que ya he hecho referencia, como en el mundo militar cuyas puertas se le abrían con todos los honores.

Fue en una de ellas, en un Simposium de Historia Militar que el año 1984 había organizado el Museo del Ejército, cuando le presenté al entonces Director del Servicio Histórico Militar, el General Espinós Orlando, y le invita-

mos a que viniera a investigar en los ricos archivos de este Centro. ¡Quién nos iba a decir entonces que era como una premonición, jugando a futurólogos!

Posteriormente, cuando se organizó el Curso de Heráldica Militar, mi invocación recordando aquella presentación al General Director, decidió fácilmente su designación como profesor del primer ciclo (heráldica General) del Curso. Él, Faustino Menéndez Pidal -que dio una conferencia magistral sobre la composición del escudo nacional- y yo, fuimos los profesores de aquel primer curso de 1985. Messía vivió la zozobra inicial que todos sufrimos de no saber si iba a tener éxito la idea del Curso y, luego, la alegría de comprobar que la afluencia de instancias doblaba el número previsto para las vacantes de alumnos. Esta anécdota la contaba siempre al empezar cada nuevo curso, como recordarán sus antiguos alumnos aquí presentes.

Su entusiasmo ya percibió la importancia que iban a tener en el futuro las sucesivas promociones que los cursos de Heráldica Militar vuelcan en la calle periódicamente, con masas de nuevos aficionados al estudio y a la investigación de estas ciencias. Prueba de cuanto digo es que, nada más terminar aquel primer curso en abril, escribió un artículo sobre el desarrollo del mismo y pronosticando el espléndido porvenir que, inteligentemente, él había vislumbrado. Y doy fe de que acertó en todo, hasta en el distintivo de diplomado que portamos, aunque sin permiso, y que él allí proponía. Aquel artículo, remitido a la revista *Ejército*, mereció, por lo insólito de su contenido, el raro privilegio de ser publicado al mes siguiente de recibirlo: se encuentra en el número 546 de julio de 1985 de dicha revista.

Desde aquel momento, puedo asegurar que el Servicio Histórico Militar fue su segunda oficina. Todos los días, temprano, venía a mi despacho y hablábamos una y otra vez sobre el curso. Miles de proyectos nacieron y murieron, algunos sí los llevábamos a cabo.

Aquí le ayudamos y suministramos datos en una larga polémica que sostuvo con un periodista de la *Voz de Galicia* de Vigo, que afirmaba tozudamente que la más alta condecoración creada por el gobierno de la zona llamada republicana, durante nuestra guerra de 1936-1939 (que era la denominada *Laureada de Madrid*), había sido concedida quince veces. La victoria de Messía fue aplastante, demostrándole fehacientemente que no eran más que cinco las concedidas.

Ilustrando de paso, y con fina ironía al errado periodista la diferencia que existe entre las propuestas y las concesiones.

Los alumnos que obtienen el diploma de especialistas en Heráldica Militar y yo, hemos de agradecerle cómo nos apoyó para que la Asociación de Diplomados en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria -hasta entonces coto cerrado y exclusivo de los Diplomados del Instituto Salazar y Castro del CSIC- se abriera y creara en 1987 una nueva sección específica para aquellos heraldistas militares.

En el Salón de Actos del Servicio Histórico Militar le vimos emocionado, en presencia de su familia, recibir el 17 de diciembre de 1986 la placa de la Orden del Mérito Militar con que el Ejército quiso *pagarle* su altruista dedicación. ¿Cuántas fotografías se haría con sus nietos y con todos nosotros, sus amigos? Son incontables.

No podemos olvidar que en las clases fue donde Messía mostró por primera vez a los alumnos las pruebas que estaba realizando sobre la utilización de la informática a la enseñanza de la Heráldica y que, poco después, cristalizó en el programa para ordenador Spectrum ZX-48 K, orientado a la práctica de los principios de aquella ciencia. Este programa fue oficialmente expuesto en una comunicación en el *XVII Congreso Internacional de Genealogía y Heráldica*, celebrado en Lisboa en 1986, con el nombre: *Aplicación de la informática a la Divulgación de la Heráldica en los Centros de Enseñanza*.

Los meses de octubre de estos últimos años ya sabíamos que los íbamos a pasar comentando las mil anécdotas que le sucedían preparando en verano sus dos magníficas obras dedicadas a su querida Galicia: el correspondiente a los escudos existentes en la parte monumental de la capital de Pontevedra (1989) y las labras que se encuentran recogidas y expuestas en las ruinas del Monasterio de Santo Domingo, también en Pontevedra (1991),

Para el primer ciclo del Curso escribió unos apuntes de Heráldica, reparados inicialmente en fotocopias a los alumnos, y que fueron más tarde el germen del libro publicado hace dos años sobre este tema. La obra, en extremo meritoria, es el resultado de un trabajo encaminado -según sus mismas palabras- a efectuar una recopilación de diferentes textos, prestando una atención especial al diseño heráldico a cuya decadencia culpaba consecuentemente del de la Heráldi-

ca. Consiguió su objetivo: que resultase de utilidad a todos los que están interesados en esta ciencia-arte o deseen iniciarse en ella. En un tributo que quiero hacer a su maestría no puedo por menos de señalar la impronta matemática cuya huella apreciamos al señalar las especificaciones técnicas de las dimensiones de las piezas y su situación en el campo del escudo, así como la valentía en la exposición de algunas teorías y conceptos heráldicos, que él decía *extraídos y explicados por el sentido común*, y que han dado lugar más tarde a controversias entre conspicuos heraldistas.

Alguien podría preguntarse: ¿y a lo largo de tantos años, no hubo entre nosotros discusiones y enfados? Pues sí, pero desde luego por un deseo convergente de mejora de nuestros sistemas de enseñanza, aunque por distintos caminos, pero jamás rozó la profunda amistad fraternal que nos profesábamos. Eran, todo lo más, discusiones en claustro de profesores.

Sólo un ejemplo de cómo era amigo de sus amigos. Desde su ingreso en esta Real Academia, se había fijado el deseo de que yo también le acompañara en tal honor. Ciertamente bajo los mejores auspicios, se presentó mi candidatura. Me interesa resaltar su alegría cuando finalizó favorablemente la votación para mi ingreso en la Junta de la Academia a las 20 horas del día 25 de septiembre del pasado año. Pues bien, a las 21 horas, me puso una tarjeta a mis señas de Benicasim, donde me encontraba, que decía: *Querido Ricardo; hace una hora que eres Académico de Número de la Real Academia de Heráldica por unanimidad. ¡Enhorabuena! Un abrazo, Luis*. Al día siguiente, impaciente por pensar que la tarjeta del día anterior iba a tardar en llegarme y podía demorarse mi alegría de conocer aquella agradable noticia, me puso un telegrama que decía: *Enhorabuena elegido ayer en Real Academia Académico de Número por unanimidad. Un abrazo Luis Messía*. Lo recibí a la hora de comer en Benicasim y pongo énfasis en señalar la insistencia con que repetía que había sido por unanimidad, no miento al asegurar que su alegría era idéntica a la mía al poderme ofrecer la primicia de lo que, por su significado y razones obvias, es el sueño de todos los ingresados.

Algo que no puedo hacer es enumerar la larga lista de virtudes humanas que Messía poseía. Me vais a permitir que sea muy escueto al compendiar todas ellas en las cuatro que a mi juicio mejor le representaba: era un buen *cristiano*, era un buen *patriota*, era un buen *caballero* y era un buen *padre de familia*.

Otra cosa es que estemos obligados a señalar una cualidad que poseía en muy alto grado y que todos le envidiábamos: era el mejor pedagogo que he conocido, su simpatía, su peculiar manera de exponer las materias en clase, la capacidad didáctica, hacían de él el era maestro como todos le recordamos. Ciertamente creó escuela. Dan fe de cuanto digo, los cientos de alumnos que han pasado por las aulas del Servicio Histórico Militar -muchos de los cuales están aquí presentes- y por los cursos organizados por la Diputación Provincial de Pontevedra. Él, jocosamente las llamaba *mi público*.

Y para terminar, creo que nada mejor que leer la dedicatoria que me escribió en el *Tratado de Heráldica Española* y de la que estoy tan orgulloso: *A mi primer Jefe, el Coronel Ricardo Serrador y Añino, que tiene mucha culpa de la salida de este libro a la luz, por haberme llevado a dar clases al S.H.M. del Ejército, y lo más importante además de todo esto, es un gran amigo. Con un abrazo de Luis 11/10/1990.*

¡Descansa en paz querido Luis! ¡Gracias!

Intervención de

Don Eduardo Pardo de Guevara y Valdés
Académico de Número

Señores Académicos:

Celebramos hoy una sesión pública y solemne para expresar -de manera corporativa- nuestro homenaje y nuestro recuerdo a la figura de quien fue un muy querido compañero y amigo. Celebramos hoy, por tanto, una sesión de carácter y significación verdaderamente muy especial para cuantos formamos parte de esta Academia de Heráldica y Genealogía.

Nuestro compañero, don Ricardo Serrador y Añino, acaba de glosar -y nadie podía hacerlo mejor que él- el perfil humano de Luis Messía de la Cerda. Y al escuchar sus palabras, llenas todas ellas de emoción y sentimiento, muchos de nosotros a buen seguro hemos querido recrear una imagen entrañable, deseando sentir -o acaso sintiendo por qué no- la proximidad amigable de aquel gesto tan suyo, de aquella mirada tan expresiva, de aquel entusiasmo tan contagioso; en definitiva, de aquella individualidad siempre positiva, siempre vital y siempre, también, generosa.

No son los de hoy, por consiguiente, momentos festivos y alegres para nosotros. Son, muy por el contrario, momentos de especial emoción y sentimiento. Momentos pues, para la evocación y el recuerdo; momentos para la nostalgia...

Al tomar ahora la palabra -palabra nada fácil en un día como hoy, lo confieso- cumplo formalmente con el encargo académico que en su momento me

transmitió nuestro Director. Pero quiero decir, al hacerlo, que cumplo también con un íntimo y deseado compromiso personal: aprovechar la excepcional oportunidad que me brinda esta ocasión académica para -más allá de lo que impone el protocolo acostumbrado- expresar públicamente mi afecto, mi admiración y mi más profundo respeto a la figura de Luis Messía de la Cerda y Pita.

Y es que a Luis Messía no me unían sólo los conocidos y siempre entrañables lazos de la amistad y el paisanaje. Entre él y yo había una cierta y antigua complicidad: era aquella que surgió, hace ya algunos años, entre un joven y todavía inexperto profesor y un alumno maduro y ya versado que poco -o muy poco- podía aprender con tal magisterio. Entre él y yo había, también, un cierto pero muy cordial debate, nunca distante y sí, en cambio, siempre sereno y sosegado: era aquél que se derivó de dos modos o criterios diferentes -que no incompatibles- de cómo abordar el estudio de ese complejo fenómeno, tan célebre como todavía no suficientemente conocido, que es el de las armerías.

Luis Messía fue, primero, mi alumno -y alumno un tanto excepcional, como he dicho- en la Escuela de Genealogía y Heráldica del Instituto "Salazar y Castro", cuando éste todavía figuraba en el organigrama del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se extendía a aquella célebre promoción de 1983, la vigésimo segunda exactamente, de la cual Luis Messía de la Cerda fue parte integrante e importante. Y quisiera recordar yo, a mi vez, cómo por aquel entonces -y gracias en buena medida a su propia iniciativa- nació una muy entretenida tertulia, la del *Café Marfil*, en la cual los temas heráldicos eran -y creo que siguen siéndolo todavía- motivo de conversación y de debate casi permanente.

Luis Messía fue, ya desde entonces, compañero de afición -casi diría de pasión, ya que no profesión- en el estudio de las armerías y en el de todos esos temas que le son afines. Y desde entonces fue también un amigo, y un amigo especial, por cuanto que, además, y como ya dije, nos sentíamos particularmente unidos por ese parentesco siempre singular y decisivo -a veces real, a veces sólo deseado- que es el de una galleguidad viva y ejerciente.

Hoy, cuando ya han pasado casi cuatro meses de su muerte, pero cuando su imagen sigue todavía perfectamente nítida, casi intacta, en nuestras retinas, la Real y Matritense de Heráldica y Genealogía ha querido recordar su figura y -

en la misma evocación- rendir también un oportuno homenaje a su obra. Y ciertamente no podía ser de otra forma.

La personalidad de Luis Mesía de la Cerda, casi su trayectoria vital toda, está en efecto indefectiblemente unida al cultivo, al desarrollo, de su afición por el siempre vistoso y siempre sugerente mundo de las armerías. Esto es, y para ser más precisos, supeditada a su propia dimensión de estudioso -y de estudioso irresistiblemente apasionado habría que decir- y supeditada, asimismo, a su condición de divulgador incansable y en extremo ilusionado.

Y porque esta dedicación no surgió repentinamente, sino que fue el fruto maduro y deseado de muchos años de aproximación, podría decirse también que, Luis Mesía de la Cerda, no fue nunca un técnico de la Ingeniería que, a ratos, se entretenía con una afición. Fue, en realidad, y por el contrario, un estudioso o -más exactamente- todo un ardiente estudioso de las armerías que, además, y por esos imperativos de la vida, de cuando en cuando distraía su atención con un ejercicio profesional ajeno, sin duda más rentable, pero sin duda, también, cada día más pasajero y más accidental.

El conjunto de sus aportaciones en estos últimos diez años evidencia, de manera incuestionable, esa excepcional dedicación y curiosidad por el estudio y la divulgación de los temas heráldicos a la que aludimos. Y ciertamente, pocos -muy pocos- son los que pueden exhibir un bagaje semejante: casi una docena de libros y artículos, cerca un centenar de conferencias, cursos y seminarios diversos, así como un *público* fiel -acaso su más íntimo orgullo- que se aproximaba a un millar, entre alumnos y discípulos.

El balance, pues, resulta en verdad extraordinario. No puedo o no me atrevo, sin embargo, a calificarlo de sorprendente. Quienes le conocíamos bien, sabíamos cuál era su singular entusiasmo y afición, su curiosidad, su dedicación y -al propio tiempo- cuál su poco común vitalidad.

Hoy, y desde esa privilegiada perspectiva que nos proporciona el transcurrir mismo de los acontecimientos, podríamos decir que Luis Mesía vivió -en particular durante estos últimos años- como un auténtico torbellino, casi atropelladamente, sin descanso alguno. Todo fue, en efecto, como si -inconscientemente- intuyera que su vida se había de truncar en plena madurez y que, para alcan-

zar los objetivos ambicionados, eran precisos, por tanto, todos los esfuerzos posibles. Esto es, poner en marcha un nuevo proyecto, dos o incluso tres, cuando - como repetidamente hizo- todavía estaban en pleno desarrollo los anteriores.

No creo necesario detallar aquí, y una por una, sus distintas aportaciones a la bibliografía heráldica española. Todas ellas nos son suficientemente conocidas y, además, no parece que sea este el momento adecuado, ni tampoco el lugar oportuno. Sí creo conveniente, sin embargo, recordar o destacar -aunque sólo sea a título meramente ilustrativo- las dos grandes cuestiones o parcelas del estudio heráldico, no las únicas desde luego, que fueron motivo de preferente atención para la apasionada curiosidad de nuestro desaparecido compañero.

La primera y fundamental para él fue -como es bien sabido de todos- la que se refiere a los aspectos estrictamente formales y, en concreto, a aquellos que afectan a las proporciones y estructuras geométricas de las distintas piezas y particiones. Su *Tratado de Heráldica Militar*, subtítulo con un expresivo *Manual para el cálculo y dibujo correcto de los Escudos de Armas*, así como su posterior y más conocido estudio sobre *El diseño heráldico*, evidencian claramente -y sin necesidad de mayores anotaciones- esa tan particular preocupación por el tema.

La segunda parcela -y la más reciente- fue aquella que se refiere a la catalogación o inventario de los testimonios heráldicos, labor siempre ingrata y a veces, también, nada fácil. Ya sólo por ello, su paciente y cuidada dedicación, que le ocupó varios años de trabajo, merece ser destacada y alabada aquí.

Sin embargo, es necesario anotar al respecto que Luis Messía no quiso limitar su labor al de una estricta catalogación de testimonios, por otra parte -y como digo suficientemente meritoria por sí sola, sino que aspiró a mucho más. Y para este nuevo empeño, que era todo un desafío para él, supo recabar la siempre valiosa colaboración de un destacado especialista, nuestro también compañero Jaime Bugallal y Vela. Y no cabe duda que acertó al hacerlo. Los dos volúmenes de su proyectada trilogía sobre la ciudad de Pontevedra, en los que se recogen un total de 149 labras, certeramente comentadas todas ellas, constituyen en verdad una obra muy estimable.

Y de esta misma obra me habló el propio Luis Messía de la Cerda largamente -casi diría que ilusionadamente- apenas tres días antes de su muerte. Recuerdo muy bien sus palabras y, por ellas, que su proyecto en aquellos momentos era, en particular, la conclusión del tercer volumen que completaría la trilogía, esto es, el que recogería las labras de la iglesia de Santa María de Pontevedra.

He sabido después -y les confieso que no me ha sorprendido nada- que en su mesa, y en su cabeza también, había otros muchos proyectos. En marcha estaba ya, por ejemplo, una obra de divulgación heráldica que redactaba en colaboración con José Sánchez Rocha, acaso uno de sus amigos más entrañables. Y en marcha -o casi en marcha- estaban, también, otros proyectos de carácter muy diverso, aunque todos meditados y apetecidos, y todos, asimismo, singulares y ambiciosos.

El deseo de rendir un justo homenaje a esta figura y a esta obra nos ha reunido aquí, en este día de hoy, a todos los que, ante su muerte, nos hemos sentido algo huérfanos, cuando no algo desorientados también. Y es que, si la muerte de un compañero, de un amigo, nos resulta siempre lamentable, mucho más nos lo parece cuando llega en plena madurez, en plena actividad. Y éste, que duda cabe, ha sido el caso -y el caso en extremo doloroso precisamente- de Luis Messía de la Cerda y Pita.

Esta Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, que lo había acogido como Numerario en sesión del 12 de diciembre de 1990 -y que lo hizo además por ese raro privilegio de la *unanimidad* ha perdido un miembro destacado y, sobre todo, un miembro plenamente identificado con las labores y objetivos que la animan.

Por ello, y porque su presencia y dedicación fue siempre cordial y siempre, asimismo, excepcional, el recuerdo de su figura -casi su sola evocación- constituyen para esta Corporación y, por tanto, para todos los que formamos parte de ella, un motivo de ejemplo y, también, un motivo de orgullo.